

La llegada del fin de los tiempos se asocia en muchas culturas con la aparición de extraños fenómenos celestes. Una profecía de la famosa vidente católica María Julia Jahenny incluía la siguiente advertencia: «En estos últimos tiempos la Tierra será testigo de grandes y espectaculares prodigios, sobre todo en el cielo».

El *Apocalipsis* de Juan resulta más explícito: «Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo con el peso de un talento;...» No se trata de un granizo normal, sino de auténticos bloques de hielo, porque un talento equivale a un quintal, que viene a pesar ¡unos 34 kilogramos! En este sentido, cuando las Escrituras, se refieren a estas grandes precipitaciones, no parecen referirse a la cantidad, sino al enorme tamaño de las piezas. Estas piedras desmesuradas se anuncian también el *Apocalipsis* como resultado de la intervención del ángel de la

séptima trompeta, una tradición que ha pervivido así mismo en el Islam a partir de esta cita del *Corán*: «Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo». El fenómeno tampoco es nuevo para los judíos, porque los ángeles de las trompetas desatan plagas semejantes a las que Moisés atrajo sobre Egipto; una de estas plagas consiste, precisamente, en una lluvia de grandes bloques de hielo: «He aquí que mañana a estas horas haré llover granizo muy pesado, cual nunca hubo en Egipto, desde el día en que se fundó hasta ahora». A tenor de lo que dicen las Escrituras, estas enormes piedras son una de las armas favoritas de Dios, que las utiliza como si fueran dardos. No las deja caer, sino que las arroja. En los *Salmos* podemos leer: «Tronó en los cielos de

Jehová, y el Altísimo dio su voz; granizo y carbones de fuego. Envío sus saetas, y las disparó; ...» Más gráfico resulta el *Libro de la Sabiduría* cuando afirma que «...saltarán al blanco como de un arco tenso de nubes llenas de ira, como de una ballesta será lanzado el granizo, ...» El *Libro de Job* es aún más inquietante cuando afirma: «Por el soplo de Dios se da el hielo, y las anchas aguas se congelan... ¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que tengo reservados para el tiempo de angustia, para el día de la guerra y de la batalla?». Nostradamus también parece darle importancia de signo especial a las masas de hielo, cuando afirma en la cuarteta XLII de la III Centuria: «piedras en Tuscia por lluvia caerán». Tuscia bien podría ser la Toscana, la región italiana que también se ha visto afectado por las recientes precipitaciones.

# ¿UN FENÓMENO POCO COMÚN?

JAVIER ARRIÉS

La reciente caída de aerolitos de hielo ha dejado perplejo a más de uno, incluidos los científicos. Sin embargo, estas precipitaciones han sido mucho más numerosas de lo que se cree. De hecho, ni siquiera constituyen una novedad en España. A veces, el tamaño de estos bloques es realmente inquietante, como ocurrió con uno de 45 kilos de peso que destruyó el tejado de Edith Turner, en Florida (EE UU). El editor del *Journal of Metereology*, G. T. Meaden, realizó un catálogo de estos casos, en el que incluía los que alarmaron a la población de Long Beach, California, el 4 de junio de 1953: unos 50 bloques de los cuales algunos llegaron a pesar hasta 75 kilos. También rondaba los 40 kilos el recogido en agosto de 1882 cerca de Salinas, en Kansas. Y, sin embargo, bien podríamos considerar que no eran sino «guijarros» si los comparamos con el tremendo objeto que en 1800 cayó

en la India. Se afirma que su tamaño era similar al de un elefante. Pero, además de su volumen, estos bloques presentan una variedad de formas asombrosa. En 1877, por ejemplo, una «aguja» de 1,82 m de largo por 15 cm de diámetro acabó con la vida de un carpintero que trabajaba en el tejado de su casa cerca de Düsseldorf (Alemania). También se asemejaban a conjuntos de estalactitas los que se precipitaron en 1839 sobre Bruselas. ¿Y qué decir de los bloques «explosivos» recogidos en 1911 por la Universidad de Missouri, en EE UU. Según los testigos, estallaban «como disparos de pistola». Y es que, a menudo, estas caídas van acompañadas de «truenos» o sonidos agudos, evocadores de las bombas, como la masa de hielo de 20 kilos que cayó el 11 de septiembre de 1949 en Texas. Charles Fort, que recogió la mayoría de estos y otros casos en su obra, creó su propia hipó-

tesis para explicar el fenómeno. Para Fort, la causa era una fuerza desconocida, la «teleportación», que recogería seres vivos, junto el material que les rodea y constituye su hábitat, y los desplazaría hasta otros lugares del Universo, distribuyendo así la vida entre los planetas. Una vez que la vida se hubiera distribuido uniformemente en el Cosmos, según su hipótesis, esta fuerza habría perdido intensidad y actuaría sólo esporádicamente. ■



Charles Fort también aportó una curiosa teoría para explicar las lluvias de objetos insólitos.